

**LA ESTRUCTURA DE LAS PERSONALIDADES PSICOPATICAS
DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PSICOANALISIS**

Juan Coderch

RESUMEN

La génesis de la personalidad psicopática se deriva de un trastorno de los mecanismos de disociación, identificación proyectiva e identificación introyectiva, íntimamente unidos a las ansiedades propias de la posición esquizoparanoide, descrita por Melanie Klein, que predomina durante los cuatro primeros meses de vida. La excesiva o inadecuada utilización de estos mecanismos da lugar a una organización narcisista de la personalidad y de las relaciones de objeto que constituye la clave del comportamiento psicopático. La actitud frente al objeto es fundamentalmente controladora, voraz y envidiosa, con identificación del self y del objeto.

SUMMARY

Psychopathic personality emerges from disturbances of dissociation, projective and introjective identification mechanisms. These mechanisms are closely related to Melanie Klein's schizo-paranoid position anxiety, that has a predominant role during the first four months of life. Excessive or unadequated utilization of these mechanisms causes a narcissistic organization of personality and of the objectal relationship being the key of psychopathic behavior. The attitude in front of the object is

basically of controlling, voracious and envious characteristics with self and object identification.

INTRODUCCION

El estudio de individuos portadores de una personalidad psicopática es relativamente escaso en la literatura psicoanalítica, comparado con el de enfermos neuróticos y psicóticos. La simple revisión de los rasgos propios de las personalidades psicopáticas, que pueden hallarse ampliamente descritos en cualquier tratado de Psiquiatría, basta para comprender que las características de este tipo de enfermos ofrecen gravísimas dificultades para la realización del trabajo analítico. En este sentido, las más importantes entre ellas son: falta de conciencia de enfermedad y, por tanto, de deseos de cambio; incapacidad para esfuerzos sostenidos; insuficiente habilidad para programar un comportamiento a largo plazo; tendencia a la realización inmediata de los impulsos, elección de objetivos inadecuados, alejados de la realidad y constantemente variables, etc. A pesar de todo ello, las aportaciones psicoanalíticas han sido, si no muy abundantes, sí suficientes como para permitirnos una comprensión de los mecanismos mentales subyacentes al peculiar comportamiento de estos enfermos. Como es natural, no existe una absoluta unanimidad entre los diversos autores que se han ocupado de esta cuestión, pero sí puede apreciarse la presencia de las siguientes constantes fundamentales: notable debilidad del «yo»; dificultades graves en los mecanismos de disociación, que originan una insuficiente discriminación entre buenos y malos objetos, así como entre el self (sí mismo) (1) y los objetos; existencia de un super-«yo» primitivo, predominio de la acción sobre el pensamiento por déficit de la simbolización, del sentido de realidad, del esquema corporal y del discernimiento homosexual; supeditación del principio de realidad al principio del placer, de forma que las capacidades del «yo» se utilizan para liberarse instantáneamente del sufrimiento ocasionado por la más mínima frustración; manejo de las personas, a las que se convierte en depositarias de los conflictos internos; utilización de defensas maníacas frente al dolor y la culpa por la pérdida del objeto; organización narcisista de la personalidad, etc. En realidad creo que todas las características que acabo de citar pueden reducirse a tres de ellas, a las que podemos considerar como fundamentales y origen de todas las demás. Me refiero a las perturbaciones de la disociación, a la utilización patológica de la identificación proyectiva e introyectiva y, como consecuencia de estas dos primeras, a la organización narcisista de la personalidad. A continuación comentaré con algún detalle los mecanismos propios de estos tres procesos, ya que creo que es a partir de ellos que puede comprenderse la estructuración psicopática de la personalidad.

(1) El self es un término descriptivo que puntualiza a la persona como algo distinto del mundo circundante. En términos más estrictos, la totalidad de las representaciones catectizadas en el «yo», en oposición a las representaciones objetuales (L. Eidelberg).

TRASTORNOS DE LA DISOCIACION

Para comprender el origen de los trastornos del mecanismo de disociación, así como la utilización patológicamente exagerada de la identificación proyectiva e intrayectiva —procesos que ya he dicho considero fundamentales en la génesis de la personalidad psicopática— hemos de tener en cuenta las tempranas defensas esquizoides que han sido descritas por Melanie Klein.

Gracias a las investigaciones de Melanie Klein sabemos que la primera situación de ansiedad es originada por la existencia de un instinto de muerte que es sentido como un peligro de destrucción que proviene del interior del organismo y se dirige contra este mismo. El «yo» del bebé hace frente a esta ansiedad proyectando dicho impulso hacia el exterior y vinculándolo al objeto primario, el pecho materno. A la vez, una parte de la energía destructiva, no externalizada, es ligada por la libido, sin que ni uno ni otro de estos dos procesos eliminen por completo la ansiedad de ser destruido desde dentro. La vinculación del instinto de muerte al objeto primario hace que éste se convierta en perseguidor, al mismo tiempo que el remanente del impulso destructivo que permanece sin proyectar se dirige agresivamente contra dicho objeto. Como el instinto erótico está también proyectado en el objeto primario, éste es sentido, a la vez, como bueno e idealizado. Es decir, que el «yo» infantil disocia al objeto en bueno y malo. La agresividad provocada por las inevitables frustraciones es dirigida contra el objeto malo y perseguidor, y dado que las fantasías agresivas de la primera época de la vida se centran alrededor de los impulsos sádicos-orales y canibalísticos, este objeto malo es, mentalmente introyectado, hecho pedazos. Los impulsos libidinosos, en cambio, están representados por la actividad de succión y, por tanto, el niño siente que el objeto bueno es incorporado entero. Este objeto bueno y entero constituye el núcleo esencial para el desarrollo del «yo». Por tanto, se produce una doble disociación. Por un lado, disociación del objeto, en bueno y malo. Por otro lado, disociación de los impulsos, defusionados en instintos de vida y de muerte, y disociación del «yo», que contiene un objeto malo persecutorio y un objeto bueno protector. Es decir, en un sentido más amplio, disociación del self.

El mecanismo de disociación del self es útil y necesario en los comienzos de la vida, a fin de que el «yo» pueda hacer frente a la ansiedad primaria surgida del instinto de muerte. También permite diferenciar y ordenar las experiencias, estímulos y sensaciones, lo cual posibilita al niño salir del caos en que se encuentra durante los primeros tiempos de su existencia. La disociación constituye la base de lo que posteriormente será la capacidad de discriminar entre lo bueno y lo malo, lo conveniente y lo peligroso, lo que pertenece al propio organismo y lo ajeno a él; es decir, el juicio de realidad. Estos procesos de disociación ocurren en una etapa muy temprana de la vida, aproximadamente los cuatro primeros meses, durante la cual predomina la posición que Melanie Klein llama esquizoparanoide. Algunos individuos con trastornos graves de la evolución continúan fijados a ella, mientras que otros sujetos pueden presentar una regresión a esta posición en un

momento determinado de su existencia, hallándose siempre la posibilidad de esta regresión en proporción directa a la fuerza de las fijaciones.

IDENTIFICACION PROYECTIVA E IDENTIFICACION INTROYECTIVA

Intimamente ligados a la disociación se hallan los mecanismos de identificación proyectiva e identificación introyectiva, que son básicos para la formación y desarrollo del «yo». Según Freud, la proyección da lugar a la derivación externa del instinto de muerte y, según Melanie Klein, es, además, un mecanismo que permite al «yo» liberarse de la ansiedad provocada por dicho instinto, al desplazarlo al exterior. Al mismo tiempo, el «yo» combate también la ansiedad introyectando aquel objeto que, gracias a la disociación, es sentido como bueno. En la identificación proyectiva el niño atribuye al objeto primario aquellas partes del «yo» que, mediante el mecanismo de disociación, siente como peligrosas y destructivas, dañando y controlando al objeto al identificarlo con estas partes agresivas. Esto da lugar a que el objeto se sienta como malo, peligroso y perseguidor. Pero, además, puesto que la agresividad forma parte del funcionamiento adecuado del aparato psíquico, este abandono del componente agresivo y su proyección en el objeto conlleva un empobrecimiento y debilitación del «yo». Es decir, que este mecanismo por el cual el «yo» se libera de la ansiedad provocada por los impulsos destructivos tiene su contrapartida en la pérdida de estos elementos por parte del «yo», cuando se efectúa con excesiva intensidad. El «yo» proyecta también en el objeto sus aspectos amorosos y creadores. En este caso, los excrementos tienen el significado de regalos, mientras que en el primero tienen el significado de armas y sustancias venenosas para destruir. La proyección de sentimientos amorosos dentro del cuerpo de la madre es lo que permite al niño desarrollar unas relaciones de objeto basadas en el amor y la confianza. Pero si tal proyección es demasiado intensa el «yo» se empobrece, ya que todos sus aspectos buenos se han abandonado para ser colocados en el objeto, quedando éste convertido en un inaccesible ideal del «yo».

La identificación introyectiva es igualmente esencial en el desarrollo del «yo» y en la formación de las relaciones de objeto. Ya he dicho antes que el objeto bueno introyectado constituye el núcleo central del «yo», gracias al cual se posibilita la cohesión del mismo. Sin embargo, una ansiedad primaria muy intensa puede originar, como forma de protección, que se produzca una excesiva idealización del objeto bueno internalizado, quedando el «yo» totalmente subordinado y dependiente del mismo, como si sólo fuera, dice Melanie Klein, una cáscara que recubre tal objeto. Paula Heimann afirma que, en estos casos, el objeto bueno no asimilado es sentido como una fuente de peligro y persecución. Naturalmente, cuanto más debilitado está el «yo» por la excesiva disociación e identificación proyectiva, más incapaz es de asimilar los objetos buenos internalizados, y, por tanto, se sentirá, en lugar de protegido, dominado y perseguido por ellos.

LOS TRASTORNOS DE LA DISOCIACION Y DE LA IDENTIFICACION PROYECTIVA E INTROYECTIVA, EN LA GENESIS DE LA PERSONALIDAD PSICOPATICA

Por lo que hasta aquí he expuesto podemos comprender que el adecuado desarrollo del «yo», así como la estructuración de unas relaciones de objeto basadas en el amor, dependen de la armoniosa interacción entre los mecanismos de disociación, proyección e introyección. Como es lógico, la actitud real de quienes rodean al niño influirá grandemente en estos procesos. Así, la introyección de un objeto gratificador ayuda al «yo» del niño a superar sus temores persecutorios y a tolerar sus propios impulsos destructivos, con lo que ya no será tan necesario proyectarlos al exterior. Por el contrario, la introyección de un objeto hostil y frustrante refuerza la necesidad de disociación en el interior del «yo» y la de proyectar los impulsos agresivos. Sin embargo, al hablar de influencia no me refiero, ni mucho menos, a determinación absoluta, puesto que la experiencia analítica muestra que la imagen que el niño introyecta de sus objetos puede hallarse muy alejada de la imagen auténtica de éstos, puesto que aquélla depende de las fantasías agresivas y libidinosas del niño mucho más que de la actuación real de dichos objetos.

Los trastornos de la disociación, así como la disarmonía entre la proyección y la introyección, conducen a graves perturbaciones en el desarrollo del «yo» y de las relaciones objetales, que serán más tarde la base de psicosis o de alteraciones de tipo psicopático. Según Betty Joseph, el uso excesivo o masivo de la disociación, la proyección y la introyección, unidas a la negación, idealización y sentimientos de omnipotencia como mecanismos de defensa frente a la ansiedad primaria, es lo que origina un especial estado de desequilibrio que se manifiesta en el comportamiento psicopático.

Betty Joseph considera que el uso excesivo de la identificación proyectiva para liberarse de las partes malas del self y de los objetos internos conduce a que el niño, y más tarde el adolescente y el adulto, cuando este proceso queda fijado, se sienta de continuo perseguido externamente. La gran frecuencia con que los psicópatas se las arreglan para producir conflictos, fricciones y rencillas en su medio ambiente, con el resultado de sufrir la hostilidad o el castigo por parte de los demás, se halla motivada por la necesidad de proyectar los malos objetos interiorizados al mundo externo, a fin de evitar la persecución interna y el sentimiento de culpa. De acuerdo con los trabajos de Betty Joseph, es la envidia voraz, a la que volveré a referirme más adelante, la que constituye la clave del sentimiento de culpa en estos pacientes. Este sentimiento, así como la ansiedad por la pérdida del objeto, es evitado, en muchas ocasiones, haciéndose expulsar o castigar. Además, el despojo que realizan en su objeto, a consecuencia de la voracidad envidiosa que impulsa a vaciarlo de todo lo que se siente bueno, es la causa de la insatisfacción perenne de estos individuos, insatisfacción muchas veces acompañada del sentimiento de que el mundo les debe

algo. A la vez, esta insatisfacción es intensificada por el sentimiento de culpa, ya que éste les impide gozar de aquello que han obtenido del objeto.

M. Pérez Sánchez, que concuerda en casi todos los puntos con Betty Joseph, cree que es precisamente el déficit de disociación el que conduce a una falta de discriminación entre buenos y malos objetos, falta que impide el normal desarrollo del «yo» y el establecimiento de una adecuada relación de objetos, permaneciendo ésta en un perenne estadio narcista. Por mi parte creo que no existe inconveniente en aceptar que, tanto la disociación masiva, como opina Betty Joseph, como la insuficiente disociación, según piensa M. Pérez Sánchez, originan el fallo en la discriminación y un desequilibrio en los procesos de proyección e introyección, como consecuencia de lo cual se produce el insuficiente desarrollo del «yo», y la permanencia de las relaciones de objeto en un nivel narcisista. También considera M. Pérez Sánchez que el déficit de la disociación primaria potencia la idealización del self destructivo, estableciéndose una relación de objeto narcisista, con parasitación y tiranía sobre el objeto. De acuerdo con este criterio, las manifestaciones psicopáticas están fundamentalmente destinadas a mantener esta idealización y superior poder del narcisismo destructivo, lo cual da lugar al precario, pero importante, equilibrio psicopático de que habla Betty Joseph. Es gracias a este equilibrio que el psicópata se mantiene sin caer en la psicosis ni, generalmente, en la criminalidad habitual.

En relación a estas dificultades de la disociación primaria a que vengo refiriéndome, resulta extraordinariamente ilustrativo un trabajo de Esther Bick en el que, a través del estudio de varios casos, expone que, en su forma más primitiva, las diversas partes del self se experimentan, en el niño, como faltas de fuerza de unión, debiendo mantenerse ligadas de una forma que es sentida como pasiva gracias al funcionamiento de la piel como una frontera. Pero, según E. Bick, esta tarea interna de contener las distintas partes del self depende, inicialmente, de la introyección de un objeto externo, vivenciado como capaz de cumplir tal misión. Posteriormente, la identificación con esta función del objeto supera el estado de desintegración y da lugar a la vivencia de los espacios externo e interno. Solamente a partir de este momento puede llevarse a cabo el mecanismo de disociación del objeto y del self, tal como ha sido descrito por Melanie Klein. Hasta que las funciones de contención han sido estructuradas, la experiencia de espacio interno no existe. En su ausencia, el proceso de identificación proyectiva continuará produciéndose masivamente, con todas las confusiones de identidad a que esto dará lugar. Debe tenerse muy en cuenta la diferencia entre la falta de integración, como pasiva experiencia de total desvalimiento, y la desintegración a través de la disociación primaria, como proceso defensivo al servicio del desarrollo. En el estadio infantil no integrado se produce la frenética búsqueda de un objeto contenedor, pudiendo ser éste una luz, un sonido o cualquier objeto sensible, aunque, naturalmente, el objeto óptimo es el

pezón materno —o, en su defecto, la mamadera— junto con la madre que sostiene al niño y que con su contacto, su voz y su olor produce determinadas sensaciones corporales. A consecuencia de una inadecuación del objeto actual o de las excesivas fantasías agresivas que se dirigen contra él, puede producirse un fallo en la función contenedora del objeto, por tanto, de lo que E. Bick llama «la función primaria de la piel». En este caso, dada la necesidad de alguna clase de contención, la dependencia en relación al objeto es reemplazada por una pseudoindependencia a través del uso inapropiado de ciertos procesos mentales, con el propósito de crear un sustituto para estas funciones de contención. Creo que estos estudios de E. Bick confirman lo expuesto acerca de la importancia de la disociación primaria y del mecanismo de identificación proyectiva e introyectiva para el desarrollo del «yo». La pseudoindependencia que se produce cuando no puede introyectarse el objeto contenedor es, creo, uno de los aspectos de la organización narcisista de las relaciones de objeto, de la que me ocuparé a continuación.

LA ORGANIZACION NARCISISTA COMO CLAVE DEL COMPORTAMIENTO PSICOPATICO

Para la descripción de la organización narcisista de la personalidad me basaré, principalmente, en los trabajos de H. Rosenfeld sobre este tema.

Freud distinguía entre un narcisismo primario y un narcisismo secundario. Según él, el narcisismo primario se hallaría en los primeros momentos de la vida del niño, en los que, no existiendo ninguna diferenciación entre el «yo» y el mundo externo, toda la energía libidinosa permanece ligada a aquél. Posteriormente, con el establecimiento de las primeras relaciones de objeto, la libido se dirige hacia los objetos. Dice Freud: «Nos formamos, así, la idea de una carga libidinosa primitiva del «yo», de la cual parten las magnitudes de libido destinadas a cargar los objetos, pero que en el fondo continúa subsistente en el «yo», y viene a ser, con respecto a las cargas de objeto, lo que el cuerpo de un protozoo con respecto a los pseudópodos por él destacados...». Considera, por tanto, «... el narcisismo engendrado por el reflujo al «yo» de las cargas de libido del objeto, como un narcisismo secundario basado en el narcisismo primario encubierto por diversas circunstancias». Sin embargo, las investigaciones de Melanie Klein nos han llevado a la conclusión de que no puede hablarse de la existencia de una fase anobjetal en el lactante, ya que las relaciones de objeto se establecen desde el primer momento de la vida, con lo que se eliminan las diferencias entre un narcisismo primario y un narcisismo secundario, puesto que el narcisismo es siempre un fenómeno secundario basado en la relación con un objeto interno idealizado, el cual, en la fantasía, forma parte del self. En la organización narcisista de las relaciones de objeto, el objeto humano, de quien parten la vida, las

capacidades creadoras, etc., no es reconocido como tal, sino que se siente como formando parte del self. La experiencia que resumiría este tipo de relación en el niño —o, más tarde, en el adulto, cuando éste ha quedado fijado a tal forma de organización de la personalidad— es la de que el objeto es el propio sujeto, como si de alguna manera éste pudiera expresar, a través de sus fantasías, «el objeto soy yo».

Rosenfeld, a cuya línea de pensamiento me refiero ahora, considera que la identificación, proyectiva e introyectiva, es un importantísimo factor en la estructuración de las relaciones narcisistas de objeto. Esta identificación se realiza a través de un mecanismo de omnipotencia, ya que el objeto es incorporado masivamente, de manera que el self llega a quedar tan identificado con aquél que toda frontera o separación entre uno y otro es negada. En la identificación proyectiva, partes del self entran omnipotentemente en el objeto para tomar posesión de las capacidades de éste sentidas como deseables. Por otra parte, también el objeto es usado como un contenedor en el cual son proyectadas aquellas partes del self que son sentidas como indeseables por producir sufrimiento o ansiedad.

Dado que la vivencia de separación entre el self y el objeto conduciría a sentimientos de dependencia frente a este último y, por tanto, a frustración y ansiedad, en las relaciones narcisistas es negado cualquier conocimiento de separación entre ambos. Además, la dependencia, cuando es reconocido el valor del objeto, origina envidia. Así, el no reconocimiento de la separación entre el self y el objeto, propio de la organización narcisista, evita, a la vez, los impulsos agresivos causados por la frustración y los sentimientos de envidia. Si existe una omnipotente posesión del objeto no pueden aparecer envidia ni frustración por la ausencia del mismo. La envidia parece ser un sentimiento particularmente doloroso para el niño y a ella corresponde gran parte de la dificultad en admitir la dependencia frente al objeto. Al mismo tiempo que contribuye, en gran medida, al mantenimiento de una actitud omnipotente en la relación con el objeto, la envidia es negada y disociada. Este tipo de relación narcisista implica, también, que cualquier experiencia dolorosa o perturbadora puede ser evacuada en el objeto, sin ninguna preocupación o pena por el mismo, ya que lo valioso de él ha sido absorbido por el sujeto y, en la fantasía, el objeto ha quedado vacío y desprovisto de todo lo deseable. Manifiesta Rosenfeld que en los estados narcisistas extremos podemos ver el mantenimiento de una rígida defensa contra la experiencia de la realidad psíquica, ya que cualquier ansiedad originada por conflictos entre partes del self, o entre el self y la realidad, es inmediatamente evacuada. Esta ansiedad, a cuyo reconocimiento se opone el mecanismo de evacuación, es de naturaleza paranoide, dado que las relaciones narcisistas de objeto provienen de la primera infancia, en la cual domina la posesión esquizoparanoide. Otro aspecto de la organización narcisista es el sentimiento que experimenta el sujeto de ser amado por todos, o de que debe ser amado por todos, a causa de que él posee lo bueno y lo deseable, sin necesidad de dar, crear, realizar algo valioso o amar a su vez. Este aspecto viene a ser la perpetuación de la exigencia in-

fantil de ser amado por sí mismo, sin esfuerzo ni contribución de ninguna clase para conseguir este amor. Este aspecto del narcisismo es, en nuestra sociedad, más visible, tal vez por más tolerado, en las mujeres que en los hombres. Todo aquello que va en contra de esta idealizada autoimagen es omnipotentemente negado.

Subraya Rosenfeld que en el estudio del narcisismo es esencial diferenciar entre los aspectos libidinales y los destructivos del mismo. En lo que se refiere al aspecto libidinal, podemos ver que la supervaloración del self, a la que me he referido en el párrafo anterior, desempeña el principal papel. La idealización es mantenida por la omnipotente identificación, introyectiva y proyectiva, con el objeto valioso, de forma que el narcisista siente que nada de lo externo a él merece ser tomado en consideración, y que todo lo deseable es parte de él o se halla controlado por él. En cuanto a los aspectos destructivos del narcisismo, podemos ver que la idealización del self desempeña también un papel importante, pero se trata precisamente de la idealización de las partes omnipotentemente destructivas del self, las cuales son dirigidas contra el establecimiento de las relaciones libidinales y de dependencia en relación al objeto primario, así como contra los objetos externos, los cuales son considerados como desprovistos de todo valor, dando ello lugar a la aparente indiferencia del sujeto narcisista hacia las cualidades de los objetos y del mundo externo en general. Produce la impresión de que muchos sujetos narcisitas han resuelto la lucha entre su libido y sus impulsos destructivos mediante el abandono de cualquier amor y cuidado por sus objetos, anulando la parte de su self que puede sentir amor y dependencia, e identificándose, casi totalmente, con la parte del self destructiva y narcisista que les proporciona un sentido de superioridad y autoadmiraación. En muchos de estos sujetos, los impulsos destructivos se vinculan con perversiones sexuales. Sin embargo, la aparente fusión de los impulsos libidinosos con los destructivos en la perversión no disminuye la fuerza de estos últimos, sino que, por el contrario, el poder y la energía de los impulsos se intensifica por su erotización. También cree Rosenfeld que la organización narcisista no se halla dirigida contra la culpa y la ansiedad, sino que parece tener el propósito de mantener la identificación y superior poder del narcisismo destructivo. Este autor ha introducido el concepto de fusión patológica para estos procesos en los cuales la mezcla de los impulsos agresivos y libidinales incrementa el poder de los primeros, mientras que, en la fusión normal de los instintos, la energía agresiva es mitigada o neutralizada por la libido.

Es fácilmente comprensible que la organización narcisista de la personalidad dé lugar a las características del comportamiento psicopático, sobradamente conocidas en clínica psiquiátrica. Entre los aspectos de la organización narcisista más importantes en la determinación de dicho comportamiento podemos citar: el desprecio por el objeto, al cual se parasita y de quien se extrae todo lo bueno y deseable; el abandono y falta de preocupación por el objeto, vaciado y desprovisto de todo valor; la idealización del self, que posee en sí mismo todo lo bueno y estimable sin que, por tanto, deba realizarse ningún esfuerzo para gran-

jearse la admiración y el respeto de los demás; la evacuación en el objeto de todo lo que el sujeto siente como doloroso, amenazador o que provoca ansiedad; la ausencia de sentimientos de culpa en relación al objeto; la utilización masiva del mecanismo de omnipotencia; la negativa a reconocer cualquier clase de dependencia frente al objeto, así como de la necesidad de recibir algo bueno de éste; la intensidad de los impulsos destructivos, que impiden el establecimiento de relaciones fundadas en el amor; el predominio de la parte destructiva del self, que tiraniza la parte del mismo capaz de amar y reconocer el valor del objeto, anulando las cualidades creadoras y que podrían promover crecimiento. A su vez, los rasgos del comportamiento psicopático más vinculados a estos aspectos de la organización narcicista, sin que con ello quiera decir que se trata de una correspondencia estricta, son: impulsividad; marcada irresponsabilidad; estados emocionales intensos, pero lábiles; carencia de estimación práctica del tiempo; incapacidad para modificar la conducta; a tenor de las experiencias sufridas; ausencia de pesar o remordimiento conscientes por el mal causado a los demás; falta de verdadera capacidad de amar, aun cuando externamente puedan aparentarse pasiones tan desbordantes como fugaces; exigencia de apoyo y ayuda por parte de los familiares o de personas de alguna manera vinculadas, sin reciprocidad por parte del sujeto; extrema dificultad para renunciar a una satisfacción inmediata en aras a obtener un beneficio mayor o a evitar un ulterior sufrimiento; inconstancia; incapacidad para planear un programa de vida duradera y estable; inadecuada calibración de las propias posibilidades, que son siempre enjuiciadas omnipotentemente.

ESQUEMA FUNDAMENTAL DE LA PERSONALIDAD PSICOPATICA

Todo lo que hasta aquí ha sido expuesto da lugar a un esquema peculiar de la personalidad psicopática, que ha sido magistralmente trazado por Betty Joseph en sus líneas fundamentales:

1.º Incapacidad para tolerar cualquier tipo de tensión o frustración, reaccionando inmediatamente con actuaciones carentes de inhibición. Aun cuando aparentemente éstas consisten en una descarga de impulsos, el análisis muestra que son la expresión externa de complicados mecanismos de defensa para evitar la ansiedad y el conflicto interno.

2.º Un particular tipo de actitud hacia los objetos, extremadamente exigente, controladora, voraz y envidiosa. La voracidad conduce a robar y vaciar al objeto, pero la envidia al objeto que puede dar algo bueno es tan intensa que desperdicia y estropea lo que se ha obtenido, con lo que la frustración consiguiente aumenta la voracidad y la necesidad de exigir, robar y vaciar de nuevo al objeto, estableciéndose un círculo inacabable. En relación a este punto dice Melanie Klein que la voracidad, la envidia y la ansiedad persecutoria se hallan inextricablemente vinculadas, y que cada una de ellas intensifica a las otras.

3.º Específica combinación de mecanismos de defensa, con cuya ayuda se mantiene un precario, pero significativo equilibrio. La naturaleza de las ansiedades provocadas por la interrelación entre voracidad y envidia conduce al establecimiento de una serie característica de mecanismos de defensa centrados alrededor de fantasías accidentalmente dramatizadas, basados en la utilización masiva de la disociación, la identificación proyectiva y la identificación introyectiva. Estas dos últimas defensas dan lugar a la total introyección del objeto idealizado y a la identificación mágica con el mismo, lo cual constituye la esencia de la organización narcisista, y con la que son evitados los sentimientos depresivos. De esta forma, identificando al self con el objeto, se elimina cualquier sentimiento de dependencia, de deseo o de pérdida en relación al mismo.

BIBLIOGRAFIA

- Bick, E.:** The experience of the skin in early Object-relations. «Int. J. Psychoanal.», 49, 484 (1968).
- Freud, S.:** Introducción al narcisismo. «Obras Completas», Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, S.:** Los instintos y sus destinos. «Obras Completas», Biblioteca Nueva, Madrid.
- Greenacre, Ph.:** La conciencia en el psicópata, en «Trauma, desarrollo y personalidad», Hormé, Buenos Aires, 1960.
- Heimann, P.:** Notas sobre la teoría de los instintos de muerte, en «Desarrollos en psicoanálisis», Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Heimann, P.,** Algunas funciones de la introyección y de la proyección en la temprana infancia, en «Desarrollos en psicoanálisis», Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Jenkins, R.:** The psychopathic or antisocial personality. «The Nerv. and Ment. Dis.», 130, 318 (1960).
- Joseph, B.:** Some characteristics of the psychopathic personality. «Int. J. Psychoanal.», 41, 526 (1960).
- Keinberg, O. F.:** Factors in the psychoanalytic treatment of the narcissistic personalities. «J. Am. Psychoanal. Ass.», 18, 51 (1970).
- Klein, M.:** Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa, en «Desarrollos en psicoanálisis», Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Klein, M.:** Notas sobre algunos mecanismos esquizoides, en «Desarrollos en psicoanálisis», Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Klein, M.:** El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas, en «Contribuciones al psicoanálisis», Hormé, Buenos Aires, 1964.
- Klein, M.:** El psicoanálisis de niños. Hormé, Buenos Aires, 1964.

Pérez Sánchez, M.: Consideraciones clínicas sobre la psicopatía. Trabajo presentado a la Sociedad Española de Psicoanálisis, 1972.

Rosenfeld, H.: On the psychopathology of narcissism, en «Psychotic states», Hogarth Press, Londres, 1965.

Rosenfeld, H.: Aclinical approach to the psychoanalytic theory of the life and death instincts. «In. J. Psycho-Anal.», 52, 169 (1971).